Red / encarnada

Nos hemos citado en la Casa de Velázquez, un recinto que parece gozar del olvido de la ciudad cotidiana. Al cruzar la verja, el tiempo se detiene un poco; la quietud genera extrañeza. Mery me recibe en la entrada, sonriente y empequeñecida por la arquitectura circundante. Nos abrazamos (está todavía contraindicado, pero lo hacemos igualmente). Al atravesar el edificio principal, recordamos a algunos artistas, antiguos residentes, admirados en común. Mientras cruzamos los jardines posteriores, descendentes en terrazas sucesivas, nos dirigimos al pabellón en el que Mery vive y trabaja desde hace algunos meses. Pierdo la vista a lo lejos, hacia la Casa de Campo y la Sierra de Guadarrama, y pienso —probablemente intervenida por mis lecturas recientes— en la guerra civil, en ese mismo enclave situado entonces en primera línea del frente. Me vienen imágenes del palacete que acabamos de recorrer devastado por las bombas.

En el estudio, el rojo que ha dominado el trabajo de Mery Sales en los últimos años invade la estancia; emana de las obras que cuelgan de las paredes y tiñe la luz otorgando al ambiente un aire pictórico, irreal, o *suprarreal*, quién sabe. Recuerdo a Rothko y su obsesión por el espacio intersticial entre los campos de color y el observador, esa vibración atmosférica tan característica. En un perchero descansa un mono de trabajo, también rojo, manchado o, más bien, herido de pintura (esto es algo que comprendo más tarde). "La tela es la herida latente" me dice ella, y siento que se refiere a la tela del lienzo, pero también a la tela áspera de esa prenda de trabajo que ha sido una suerte de piel habitada y re-habitada, en carne viva, durante todo su proceso creativo. El mono inerme es el segundo anfitrión. Ambos, él y ella, me hablan.

La pintura de Mery Sales es un acto vital. La herida que late y que ella desvela, pincelada a pincelada, no es sino síntoma de que la vida, la suya, la ajena, discurre (porque el verdadero color de la muerte es exangüe). En el rojo de los lienzos que me rodean hay carne y tierra ardiente. De la tierra —de la tela— brotan dos formas de vida reconocibles. La primera y más evidente son los seres fuera de campo a los que Mery Sales retrata desde el afecto, completando poco a poco una serie dedicada a "48 Parias conscientes". Son éstas personas dañadas y re-encarnadas en la pintura que posaron, a espaldas de un caballete con una tela en blanco, mirada al frente, vestidas con el mono que Mery se pondrá para pintarlas en última instancia (el mismo que descansa junto a la puerta). Así, sus heridas se transfieren como manchas superpuestas en una misma prenda, se comparten, se convierten en historia y en abrigo común. La pintura de Mery es un acto de compasión, de dolores singulares volcados en una supervivencia colectiva.

La segunda forma de vida reconocible son las flores, también parias: cardos de cuneta, tan frágiles como indómitos. Ningún incendio, ningún asfalto, ninguna poda puede impedir que esas mal llamadas malas hierbas renazcan y subsistan. Protagonistas accidentales, se saben invisibles y son conscientes de su intemperie. Mery Sales resignifica un género denostado (la pintura de flores), denostado por *menor, intimista*, *femenino* y lo convierte en gesto político. Hay lectura política, hay lectura feminista posible, cierta ironía incluso, pero son lecturas que no contienen el trabajo de la pintora en su totalidad, al igual que ningún cuadro, aislado del resto, podría contener su propósito y su práctica artística. Mediante la pintura, Mery esboza palabras, cuadro a cuadro, que construyen frases, que articulan un pensamiento inusual, en el que forma y

fondo son indisolubles. Es pintura que *se* reflexiona y reflexiona sobre el mundo: un lenguaje hecho color, trazo y veladura, fragmentado y radial. Al recorrer con la mirada las cuatro paredes del estudio, se percibe eso que ella denomina constelaciones: los vínculos entre una serie y otra, entre un lienzo y el siguiente, todo ello dominado por ese rojo, tan humano.

Al final de nuestro encuentro, hablamos de la palabra "encarnado" como sinónimo en desuso del color rojo. Mi abuela decía encarnado, decía convidar en lugar de invitar. *En*, *con*… "No es una pintura descarnada la tuya", le digo, es muy importante el prefijo *en*. *En*carnar, meterse en la piel de alguien, hacer del otro un yo común. Y ese rojo *red*, red de afectos, red de salvamento. Salimos del estudio, volvemos a la escalinata que recordaba en fotografías, maltrecha por las granadas, convertida en trinchera. Subimos en silencio. Ya nada queda de aquello, todo es apacible. Nos acompañamos.

María Santoyo
Marzo 2022